

Discurso de presentación de Alberto Baeza Flores, en su conferencia "Pedro de América," por el Dr. Mariano Lebron Saviñón.

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, que celebra el centenario del nacimiento del humanista cuyo nombre lleva, se complace en recibir en su ámbito egregio al poeta chileno Alberto Baeza Flores. Digo chileno, porque consta que nació en Santiago de Chile, en un día del año 1914; pero nosotros los dominicanos lo creemos nuestro desde los días de gloria de "La Poesía Sorprendida," lo que él confirma a cada instante, aromando sus versos y las evocaciones de su prosa fecunda, con desgarrantes nostalgias por nuestra patria, que él honró con entrañable amor y acrisolada dignidad, en días calamitosos, durante su estada feliz.

Asaz conocido es Baeza Flores para que sea menester esta presentación. Ningún dominicano ha realizado una más prolija labor de exaltación de nuestros valores culturales; a nadie, a no ser Pedro Henríquez Ureña desde lejanas playas bajo el tremar de la saudade o Pedro Contín Aybar, el olvidado esteta, debe tanto la poesía dominicana. Díganlo, sí no, sus cuatro voluminosos libros (de los cuales 2 se han publicado), sobre Poesía Dominicana del siglo XX" y su prolija actividad epistolar con una buena copia de intelectuales nuestros. A través de ALA, agencia periodística de difusión, nuestros escritores, nuestros poetas, nuestro gran humanista Pedro Henríquez Ureña, nuestra Universidad, nuestra patria, han encontrado de parte de Baeza

Flores, en publicaciones de dos continentes, la generosidad de sus exaltaciones.

La primera presencia de Baeza Flores en la República Dominicana se remonta al 1943. Y nuestro primer contacto ocurrió una noche de julio de ese año. Esa noche el ejemplar chileno habló de poetas y poesía. Luego unírfamos nuestras voces —noche infinita de poesía eterna y poderosa— en las conferencias a dos voces, que dió expresión sálmica de sonora oración a los acentos de Rilke y Eluard, de Oscar L. Milhoz y Desnos, Reverdy y Rimbaud; y más tarde, una nueva voz, la de Domingo Moreno Jimenes, egregio creador del postuismo, en la poesía a tres voces.

Eran ' Los Triálogos, ' "

La poesía estaba allí tremante, reina y encantada, refugiada en el alma de tres hombres y se extrovertía en forma de palabras, su vestidura mortal, y de misterios; con su música callada y rumorosa como vibrante flor de eternidad.

Noches y tardes de julio de 1943 que hoy vienen a mis recuerdos; que Baeza Flores evoca como en un anecdotario ideal, mientras Moreno, a noventa años de su nacimiento, debe mecer en el piélagos infinito de su ideal, triste y puro, mirando de frente a la muerte que pugna por hacerle su último guiño de luz,

Moreno, de los tres, era la experiencia. La cumbre cana del monte de la vida, el roble añoso todavía floreciente.. Su alma profundo e inagotable arcaz de emociones, daba vida a recuerdos adorables y remozaba el amor, el inmortal inquieto, con una nueva faz de hondas ternuras inagotables.

Baeza, la madurez. El otoño que despunta con su alma inmersa en un mundo de onírica secuencia vehemente y pasional; su voz traía sonancia de otros cielos distintos al que vemos cada día con su granero de estrellas centelleantes. La poesía brotaba de él como los geíseres hirvientes del seno tenebroso de la tierra.

Yo, la adolescencia que todavía temblaba bajo el lunar encanto de las noches.

Eran tres, sólo tres hombres embriagados, en la infinita inmensidad del orbe.

Hay no vemos a Moreno. Yace en su lecho callado con su sueño mortal de eternidades. Pero está aquí también, con su vida fecunda que seguirá presente más allá de la muerte y seguirá cantando desde los Campos Eliseos a donde iremos a buscarlo un día para unos nuevos tríálogos divinales que harán estremecer al mismo Dios.

Detrás de Los Tríálogos vino La Poesía Sorprendida, "Poesía con el hombre universal." Grupo de poetas, conjurados en la confraternidad de la belleza, del canto célico. Todo con la poesía. Yo había dicho en los Tríálogos que "La poesía hace al hombre más hombre y a Dios, más Dios," y Baeza: "Pienso que la poesía ha de juzgar a Dios un día," Todo el esplendor de un lapso de nuestra vida, todo un oasis de luz en las apretadas nieblas de un régimen ferreo y suspicaz, todo un estremecimiento de árboles plenos y resonantes, como bacantes luminosas del cielo, fue aquel acontecimiento insólito. Y nuevas voces se unieron a las nuestras: Franklin Mises Burgos ingenuo y musical como un ángel rilkiano; Rafael Américo Henríquez, sabio y mesurado, elegante siempre; Freddy Gatón Arce, extraño, profundo, angustiado viajero de los atormentados cármes de su alma; Antonio Fernández Spencer, elegante y puro; Aida Cártaga Portalatín, Manuel Valerio, Manuel Llanes, José Manuel Glass Mejía, y Manuel Rueda, uno de los paradigmáticos de mi país.

Con "La Poesía Sorprendida" vino la selección y el rigor. Apareció La Torre, lectura de obras poéticas en parques y jardines, lo mismo que en la Casa de la Poesía; ejercicios de escritura automática, a la manera de los surrealistas; lectura y análisis de los clásicos, con la perfección rigurosa de sus formas y la creación de un verdadero taller de poesía (poesía colectiva, selección de metáforas, cantos, voces al desgaire, versos encendidos tirados al aire como vilanos de Dios).

Inspirador de todo este movimiento, que tan fecundo fue, lo era, realmente Baeza, quien mantenía una columna en el periódico La Opinión (en la que yo colaboraba junto con

Héctor Incháustegui Cabral), que llamaba ‘Ventana de cada día, donde campeaba por todas nuestras formas culturales, sin desdeñar las folclóricas, y hacía juicios atinados y oportunos de obras de vigencia universal.

Yo exalto la personalidad siempre querida y cordial de Alberto Baeza Flores en el 4o. tomo de mi ‘Historia de la cultura dominicana,’ con estas palabras:

“Ensayista apasionado, sus juicios eran discutidos pero deseados; su amplia cultura fue —y sigue siendo— refacción de buen gusto y de nuevas apetencias de saber. Nadie ha ahondado tanto en la poesía dominicana como él. Bucea por todas las aguas del quehacer literario: ha escrito dramas, cuentos, novelas, biografías, etc. .

“Baeza trajo de Chile su rico acervo. La poesía salta en su alma con majestad. Es ante todo poeta. La poesía es temblor de amor en cada fibra de su ser y brota de su alma con fuerza contagiante

Tiene la virtud de encender, con su sola presencia, sed de eternidad y hambre de hermosura. Puede apacentar bellezas inenarrables en los prados del alma.

“Como un Liszt de la poesía —por aquello de la generosidad que destaca Camille Maclair en el gran músico húngaro—, Baeza rezagaba su propia poesía, para exaltar la poesía de los demás. Y así lo vemos en esa obra de valorización de la gran poesía a través de sus libros: Antología de la poesía hispanoamericana” (Buenos Aires, 1959) y “Poesía dominicana, sus mejores poemas de amor” (1955).

Si no bastaran estos méritos y otros, que callo por no hacerme prolijo, para que Alberto Baeza Flores ocupe la tribuna del Paraninfo de la UNPHU, en esta semana en que conmemoramos el centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, es suficiente la gran labor de difusión de su obra, con fervor americanista, y con la entrañable vehemencia de su temperamento singular. “Pedro de América” es el título de la conferencia que vamos a escuchar hoy. Estamos seguros de que el propugnador de las conferencias a dos voces, el gran

divulgador de esencias culturales, el poeta de voz angélica nos trae hoy una exquisita potación en cratera robada al Garzón de Ida.

Escuchémosle, pues.